Alejandra Andrade

LUNA DE MEDIANOCHE

Serie Moonstruck, 1

Matchstories

Luna de medianoche. Moonstruck, 1

Alejandra Andrade

Matchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Título original: *Moonstruck at Midnight*

© Alejandra Andrade, 2021

© por la traducción: Mariana Hernández Cruz, 2023
© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2023
© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: noviembre de 2023
ISBN: 978-84-08-27919-8
Depósito legal: B. 17.027-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

PEFC Certificado
Este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible
PEFC
PEFC/14-38-00305
www.pefc.es

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo 1

Retrato

13 de marzo de 2009

Mi primer año en la Escuela de Bellas Artes de París estaba a punto de terminar. El tiempo que íbamos a pasar en esa ciudad llegaba a su fin. Me abrumaba pensar en cuántas cosas iban a cambiar. No obstante, todavía tenía mucho que hacer antes de que nos fuéramos. Ese día, Cecile iba a posar para mi clase de fotografía en blanco y negro, mi clase favorita de todos los tiempos, pero canceló la cita en cuanto llegué a la facultad. Intenté pedírselo a Sophie, pero no contestó. Probablemente también estuviera en clase.

Al borde del pánico, y sin más opciones, me giré y le pedí ayuda a mi equipo de seguridad.

—¿Alguno de vosotros podría posar para un retrato?

Aaron y Caleb se miraron sorprendidos.

—¡Por favor...! No tengo a nadie más a quien pedírselo y la clase empieza dentro de cinco minutos.

Aaron se negó de inmediato, pues lo consideraba «inapropiado», así que dirigí mi atención a Caleb.

—Caleb, por favor. Tienes que ayudarme.

Miré a Aaron; sabía que él era el que se oponía a mi petición. También sabía que Caleb lo haría con gusto, pero primero Aaron tenía que dar su aprobación.

—Aaron... —Lo miré abriendo mucho los ojos: una súplica silenciosa.

—De acuerdo, señorita Murphy. Solo por esta vez —respondió él dudoso—. Voy a aparcar el coche y Caleb la acompañará a clase.

Después le dijo a Caleb algo en hebreo que sonó más como una advertencia que cualquier otra cosa.

—¿Podrías al menos quitarte el auricular una vez que estemos en el aula? —le susurré a Caleb mientras nos dirigíamos hacia la entrada principal.

—Claro —respondió con un guiño—. A Aaron no le va a parecer buena idea, pero no tengo ganas de discutir contigo, sabes que siempre te sales con la tuya.

Caleb era un tipo inteligente. Tenía razón en todo, pero yo siempre encontraba la manera de salirme con la mía.

El traje, la corbata, los zapatos elegantes..., no necesitaba nada de eso para atraer la atención de los demás, pero lo hacía sobresalir todavía más. Podría haberse confundido con facilidad con un estudiante de no ser por su elegante atuendo.

Un pequeño grupo de chicas lo miró con embelesamiento mientras recorríamos el pasillo a toda prisa. «Bienvenidas al club de fans de Caleb.» ¿A quién queríamos engañar? A él le encantaba llamar la atención y yo disfrutaba burlándome de él por eso. Por lo menos, cuando me encontraba con Caleb, estaba segura de que yo era invisible: todas las miradas se centraban en él. «Gracias, Caleb.»

Los retratos habían sido el tema de la semana en la clase de ese día. Y ¿qué mejor rostro que el de Caleb para enfocar mi lente? Tomé nota mental de darle las gracias a Cecile porque me hubiera dejado plantada: su suplente resultó ser una excelente elección.

Entramos en el aula y nos sentamos a una de las mesas altas. Era surrealista que Caleb se sentara a mi lado en clase. Normalmente él y Aaron me esperaban fuera.

Nuestra maestra, la profesora Genaurdi, terminó de montar el equipo de iluminación y el fondo de fotografía para los alumnos mien-

tras el resto de mis compañeros llegaban con sus modelos. En ese grupo éramos seis estudiantes en total.

Cuando estuvieron todos, la profesora Genaurdi nos explicó el propósito de la lección de ese día y cómo nos íbamos a turnar en para la sesión de fotos. Nos daba consejos sobre la iluminación y la configuración de la cámara mientras cada alumno se acercaba al equipo.

—Me toca a mí cuando él termine —le susurré a Caleb—. Necesito que te quites la chaqueta —le pedí mientras preparaba mi cámara. Él alzó una ceja—. Por favor.

—No va a ser posible, y ya sabes por qué —respondió mirándome apoyado contra la mesa con los brazos cruzados frente al pecho y los tobillos entrelazados.

Por supuesto. Caleb tenía que ocultar su arma. El simple hecho de recordar que portaba una todo el tiempo hizo que me estremeciera. A veces se me olvidaba que no era solo un amigo que me seguía a todas partes. Estaba conmigo para protegerme, por mi seguridad. Quería que el retrato fuera lo más casual posible, pero no tenía otra opción.

—Claro —admití apretando los labios—. Entonces quítate el auricular.

—Aaron se va a enfadar —respondió sin cambiar la postura y sin mostrar la menor intención de desprenderse del auricular.

—Por mí, bien. Así vais a tener un motivo real para discutir en lugar de las noches de peleas de la UFC de siempre —dije poniéndome de puntillas para quitarle el auricular de la oreja—. Esta cosa tiene pinta de ser muy incómoda y no es para nada discreta, por cierto.

—Esa es la intención, en realidad. La seguridad tiene que ser obvia —respondió mientras se ponía el auricular de nuevo—. Espera.

Lo enganchó, pronunció algo en hebreo y se lo quitó otra vez.

—Hemos acordado que te lo quitarías para el retrato, así que no me mires así.

Sonrió divertido.

—De acuerdo, ¿qué más?

—Pues necesito que te quites también la corbata —le pedí con una sonrisa exagerada. Caleb se lamió el labio inferior y se dio la vuelta para aflojarse la corbata y pasarla por encima de su cabeza—. Y ábrete un par de estos. —Apretó los labios mientras le desabrochaba los dos primeros botones de la camisa—. No queremos que parezcas un hípster.

Buscó mi mirada y sentí cómo su nuez de Adán se movía de arriba abajo al tragar. Pero después apartó rápidamente los ojos. «¡Deja de ponerme nerviosa!»

—¿Necesitas que me quite la camisa también? —bromeó aligerando el ambiente. Me reí, liberando un poco de tensión. No habría sido mala idea. No estaba acostumbrada a tener su cara tan cerca de la mía. Así que sí, estaba tensa.

La profesora Genaurdi me llamó por fin. Era mi turno de fotografiar a Caleb. Se sentó en el taburete y me miró con el ceño fruncido cuando sintió el montón de luces que le alumbraban la cara.

Corregí la iluminación y la profesora verificó los ajustes de mi cámara para asegurarse de que todo estuviera bien. Me acerqué a Caleb rápido, le desabroché otro botón de la camisa y corrí de nuevo a atornillar mi cámara al trípode.

Él resopló y yo lo miré con cara de fastidio, con el típico gesto de «te he oído». Le indiqué que permaneciera serio y mirara hacia la cámara.

Por alguna extraña razón, mis compañeras se reunieron detrás de mí para ver cómo lo fotografiaba. Podía oírlas susurrando. Tengo que aceptar que estaba de acuerdo con sus acertadas observaciones sobre la belleza de Caleb.

Por suerte, todos sus comentarios eran en francés, así que él no entendía ni una palabra de lo que decían, no fuera a ser que se le subiera a la cabeza. «¡Ja...!», como si no supiera qué tipo de efecto tenía en las mujeres.

Revisé las fotografías en la pantalla de la cámara con mi maestra; ambas estuvimos de acuerdo en que había logrado un resultado favo-

rable. Desatornillé la cámara y todo el mundo empezó a recoger sus cosas para el final de la clase.

Caleb salió del aula con la corbata sobre el brazo y poniéndose el auricular en la oreja. Aaron miró su aspecto desaliñado con desaprobación.

Caleb se puso la corbata inmediatamente y la ajustó con un nudo perfecto en un tiempo récord.

—Gracias —acusé con los labios en cuanto Aaron se dio la vuelta.

—Puedes agradecérmelo con un gran regalo de cumpleaños la semana que viene —me susurró con un guiño.

Negué con la cabeza. Nunca habíamos intercambiado regalos de cumpleaños; me habría encantado que lo hiciéramos, pero supongo que habría sido demasiado íntimo.

Las fotografías que le había hecho eran perfectas. Y todas mías.

El teléfono de Caleb sonó, pero lo puso en silencio y lo devolvió al bolsillo interior de su chaqueta al tiempo que miraba por encima del hombro.

Mientras todo el mundo miraba a Caleb, Aaron tenía el efecto contrario en la gente. Era intimidante —el formal, podría decirse— y equilibraba bastante bien la personalidad audaz de Caleb. Formaban un buen equipo, pero se tomaban su trabajo demasiado en serio para mi gusto.

Después, tuve clase de Introducción al Arte y al Diseño y terminé la jornada. Como era viernes, tenía planes para cenar con Sophie y Cecile. Por lo general, luego las dos iban a un bar o a un club nocturno. Podría contar una bonita historia sobre cómo los clubes no son lo mío, pero la verdad es que no me dejaban ir. Punto.

Volvimos a casa y el teléfono de Caleb volvió a sonar mientras Aaron aparcaba el coche, pero no contestó la llamada y se apresuró a abrirme la puerta.

—¿Por qué no contestas? Podría ser importante.

Mi sugerencia lo puso nervioso.

—No, no lo es. Puedo llamar a la persona más tarde.

Estaba tratando de sonar despreocupado, pero percibí exactamente lo contrario.

Caminé hacia la entrada principal de la residencia con Caleb a mi lado. No estaba prestando atención a lo que le iba diciendo, lo que no era habitual en él. «¿Por qué está tan distraído?»

—... y después el profesor Pernot se quitó los pantalones al final de la clase —dije mientras subíamos la escalera hacia la puerta principal.

—Qué bien, Rojita.

Le di un golpecito juguetón en el hombro en señal de protesta y continué:

—¿Crees que está bien que el profesor Pernot se quitara los pantalones?

—Espera. ¿Qué?

Ahora tenía toda su atención.

—¿Qué te pasa? Estás raro —le pregunté mientras giraba el pomo de la puerta. Se paró a mi lado golpeando el suelo con el pie—. ¿Por qué no llamas a quien te estaba telefoneando? Tengo deberes. Nos vemos luego.

Caleb asintió y volvió al aparcamiento. Observé que sacaba el teléfono de su bolsillo y me pregunté quién hacía que actuara así... y por qué.

—Buenas tardes, señorita Murphy. —Me recibió Annette cuando entré en la residencia. Era una de las empleadas de mayor confianza de mi padre; básicamente se ocupaba de todo. Mi padre era un inútil sin ella—. He dejado un regalo para usted en el estudio.

Me guiñó un ojo y se marchó después de que le diera las gracias. Sabía que era en el estudio donde solía pasar el tiempo después de clase, leyendo o haciendo deberes. Y siempre que el chef horneaba postres para los eventos, Annette me enviaba uno.

Era uno de mis lugares favoritos. Tenía una hermosa vista de los jardines, que eran impresionantes. A mi madre le habrían encantado, en especial durante la primavera. La residencia era prácticamente un Versalles en miniatura.

Trabajaba con ahínco en algunas tareas para obtener puntos extra en las seis materias que había dado ese semestre porque nos íbamos un mes antes del último día de clases. Habíamos informado a la universidad de antemano, por lo que habían hecho planes especiales para mí.

Por fin volveríamos a Nueva York. Mi padre sabía que soñaba con volver a casa. Su período como embajador de Estados Unidos había llegado a su fin. Al menos durante los próximos cuatro años, y, con suerte, para siempre. El choque cultural era mi moneda de cambio después de casi dieciséis años de vivir como nómadas. Íbamos a donde mi padre iba o, mejor dicho, yo iba a donde él iba. Por lo menos durante los últimos cinco años. Ahora solo estábamos él y yo.

Estaba cansada de no tener un verdadero hogar, pero París me había robado el corazón. Me era difícil pensar en partir y, aunque estaba emocionada por volver a Nueva York, también estaba triste por dejar a Sophie y a Cecile, mis dos mejores amigas allí.

Mi padre llamó a la puerta del estudio.

—¿Hija?

—Pasa.

Entró y acercó una silla para sentarse junto a mí. Normalmente tenía un horario de trabajo muy saturado, por lo que trataba de encontrar pequeños ratos para hablar conmigo cuando los dos estábamos en casa.

—¿Alguna noticia del Servicio? —le pregunté—. Tal vez no sea necesario que tenga equipo de seguridad una vez volvamos a Nueva York.

Estábamos esperando que el Servicio de Seguridad Diplomática determinara si Aaron y Caleb vendrían a Nueva York o si se nos asignarían nuevos agentes. O, en un mundo de locos, ninguno.

El hecho de que mi padre ya no fuera embajador tenía que relajar de alguna manera los protocolos de seguridad.

«¡Ojalá!»

Sin embargo, no puedo mentir. Sin Aaron y Caleb me sentiría des-

nuda. Había aprendido a vivir mi vida con una mezcla homogénea de asfixia y seguridad.

—Creo que deberíamos ir a lo seguro, amor. La investigación sobre lo que pasó en Ciudad de México todavía no ha terminado. —Me estremecí cuando oí la palabra «México»—. No me sentiría cómodo si anduvieras sola por Nueva York.

«¿Y Aaron y Caleb?»

Si era necesario que todavía tuviera agentes siguiéndome, prefería que fueran ellos dos.

—Gregory, el director del Servicio de Seguridad Diplomática, está de acuerdo en que es conveniente que las cosas sigan como de costumbre. Vamos a pedirles a Aaron y a Caleb que se muden a Nueva York.

«¡Sí!»

Asfixiada de nuevo, pero a salvo.

La naturaleza sobreprotectora de mi padre pareció ceder un poco cuando continuó:

—Vamos a tantear el terreno. Una vez que estemos en casa, veremos qué cambios pueden hacerse. Ya sé que es poco convencional que vivas..., que crezcas bajo estas circunstancias.

Asunto cerrado.

Mi padre se disculpó para ir a organizar una cena que se celebraría en nuestra residencia, el Hôtel de Pontalba, esa noche. El lugar estaba más ocupado que de costumbre, la gente iba y venía con hermosos arreglos florales, preparando las mesas para la cena.

La seguridad era más estricta durante eventos especiales como ese, ya que se esperaba la asistencia de un considerable número de personas. La puerta principal estaba llena de vehículos y agentes.

La conversación con mi padre me había hecho perder la noción del tiempo. Tenía que prepararme para la cena.

Fui a ducharme, me arreglé lo más rápido que pude y salí por la puerta principal con una falda corta de cuero negro y una blusa negra de manga larga. Las combiné con zapatillas color piel y una gabardina

larga de color verde oscuro, mi favorita. No solía usar demasiado maquillaje, un poco de carmín y colorete en tono melocotón conformaban mi *look* habitual.

Eran casi las ocho de la noche y había mucho movimiento en la verja de la entrada principal. Sin embargo, Aaron y Caleb no estaban allí. Normalmente me esperaban con el coche cuando sabían que tenía que ir a algún lugar.

«¡Demonios!» Había olvidado contarles mis planes para cenar.

Mandé un mensaje a nuestro grupo de BlackBerry Messenger y fui hacia el lado oeste de la verja principal, donde a menudo pasaban el tiempo. Mandé otro mensaje y oí un «¡pin!» distante. Alguno de los dos tenía que estar cerca.

El sonido me impulsó a pedirle a uno de los guardias de seguridad que me abriera la puerta. Llamé a Caleb y oí el timbre de su teléfono. Giré a la derecha y nada. Giré a la izquierda, hacia la boutique Apostrophe, y colgué de manera abrupta.

Me quedé inmóvil.

«Demonios, no.»

¡Pin! ¡Pin!

Aaron me contestó el mensaje y yo intenté sin éxito silenciar las notificaciones de mi teléfono cuando entró una llamada suya que me sobresaltó. La mandé al buzón de voz para evitar que el timbre revelara mi escondite. Pero era demasiado tarde.

La encantadora pareja dejó de besarse y me miró fijamente desde la distancia.